

tas ordenadamente y en cuyas oraciones introdujo varias de las que muchos escritores le consideran autor; dictó un decreto extendiendo á las cuatro temporadas del año la administracion de las sagradas órdenes y, en dos ordenaciones, creó sesenta y siete obispos, treinta y dos presbíteros y doce diáconos. Siempre será digna de elogio la memoria de este santo papa por los esfuerzos que hizo para llevar á buen camino al malévolos emperador Anastasio y para mantener incólume la autoridad de los sucesores de San Pedro, ya por medio de cartas á los obispos orientales y del Africa, ya celebrando en Roma, en 494, un concilio, ya, en fin, negándose á autorizar el cánón del concilio de Calcedonia relativo á los privilegios del patriarca de Constantinopla.

En grave error están los que, de algunas frases de San Gelasio sobre la distincion de los poderes eclesiástico y civil, pretenden deducir que dicho pontífice condenó indirectamente el poder temporal de los papas, pues es lo cierto que el santo solo habló de las atribuciones especiales de cada potestad, mas no por eso quiso ni pudo decir, como observa Darras, que el papa, soberano espiritual, estuviese, por serlo, incapacitado para tener, como soberano temporal, un dominio que asegurase su independencia y fuera útil al reposo y á la paz del mundo, al mejor gobierno de toda la cristiandad. Y aun es otra gloria del pontífice de quien se trata, gloria tan alta como la de su firmeza en defender la fé y mantener la disciplina, el recuerdo de su inagotable caridad: las armas de los ostrogodos y la ferocidad de los visigodos y borgoñones ocasionaban males sin cuento á Italia, y solo el papa dió lenitivo, cuanto en lo humano era posible, á tanta desventura, como lo demuestran sus cartas á los obispos de la Dardania, á Ereleuva, madre de Teodorico, á Fermina, noble y poderosa señora, á los obispos de Arelate y Lion, á quienes da las gracias por haberle ayudado á socorrer numerosas miserias, y finalmente á los obispos Honorio Anastasio, Pedro, Fortunato y otros, á los que recomendaba eficazmente que socorriesen á los pobres, á las viudas y á los huérfanos. El santo pontífice pasó á mejor vida el año 496 y su cuerpo fué sepultado en el Vaticano.

VIII.

Al Sur de la Siria y al oriente del Egipto, se halla situada una vasta península que los antiguos geógrafos dividieron en Arabia Desierta, Arabia Petrea y Arabia Feliz. La naturaleza carece de vida en los desiertos de la Arabia, el cielo es de bronce y nada mitiga el ardor de los rayos del sol. Desde la cumbre de las colinas despojadas por los vientos de toda vegetacion, se descubren extensas llanuras, en las cuales en vano busca el fatigado viagero una sombra que le proteja ó un objeto en que reposar su cansada vista. Un inmenso espacio le separa de todo ser viviente. De trecho en trecho, al pié de algunos grupos de aisladas palmeras, se ve serpentear un arroyuelo que va á perderse en las arenas. Estos pocos sitios de descanso son conocidos únicamente del árabe y solo él los habita, porque acostumbrado á una vida frugal en ellos encuentra con que satisfacer sus necesidades. Allí conduce los esclavos y los tesoros de que despoja á las caravanas; allí es donde se halla al abrigo del terrible simun, el ángel de la muerte, cuyas exhalaciones sulfurosas sofocan á hombres y animales. Al norte de la Arabia el aspecto del país varia de repente. Inmensos trozos de granito amontonados en desorden muestran los estragos de volcanes apagados, y en medio de esos gigantescos despojos se eleva la cordillera del Sinaí, cuyos fértiles valles alimentan numerosos rebaños. La playa del mar Rojo conduce al Yemen ó Arabia Feliz, rico territorio donde se dan en abundancia el incienso, el bálsamo, la canela y el café. El suelo está cultivado hasta la cima de las montañas, y un activo comercio atrae á los extranjeros de todas partes.

Al principio de la edad media habitaban la Arabia dos poblaciones distintas en usos y en origen: los sabeos, de costumbres sedentarias que vivian en las ciudades y se dedicaban al cambio de los preciosos productos de su comarca por el oro de los otros pueblos; y los ismaelitas, errantes como los hijos de Abraham sus ascendientes, que se ocupaban en disputar á los demás hombres su parte de herencia de que siempre han estado escludidos. A la par que los beduinos de nuestros dias, los ismaelitas, hijos del desierto,

recorrian los dilatados arenales, unas veces para arrancar contribuciones á los viajeros, otras para defender las caravanas que habian satisfecho al gran emir del desierto los derechos de escolta. Sin embargo de vivir del pillage, recibian con placer al extranjero que iba á buscar asilo bajo su tienda, pues la hospitalidad era su virtud primera. Reunidos á las órdenes de un jeque ó de un emir, que era su juez en tiempo de paz y su caudillo en la guerra, formaban poblaciones independientes y á veces hostiles entre sí. Dotados de imaginacion rica y ardiente eran aficionados á los cantares de los poetas, y de muy antiguo habian adoptado las fábulas del paganismo ornadas con las ilusiones orientales. El sabeismo de la Persia logró introducirse á su vez entre esos pueblos, sin borrar las tradiciones de sus padres que habian conservado en el centro de la Arabia algunos dogmas de la religion judaica. El cristianismo hizo prosélitos entre los pueblos nómadas del Norte; y en el mediodía el Negro de Abisinia que salió vencedor del rey del Yemen, habia colocado en el trono una dinastia cristiana. En tal estado, el diestro impostor Mahoma iba á combinar las cuatro religiones para formar de ellas otra nueva, y á lanzar en nombre de Dios á los salteadores del desierto á conquistar el mundo.

Mahoma que pertenecia á la tribu de los Koreischitas, descendientes de Ismael, nació en la Meca en 578. Huérfano á la edad de cinco años, casó á los veinte y cinco con una viuda rica á cuyo servicio habia hecho el comercio de las caravanas, y pasó en el retiro los quince primeros años de su matrimonio, ocupado en la combinacion de la extraordinaria empresa que habia de cambiar la faz de la mitad del mundo. Cada año permanecia encerrado un mes en una caverna del monte Hera cerca de la Meca, cuando de repente anuncia que el ángel Gabriel se le ha aparecido y presentado un libro diciéndole: «Lee en nombre del Señor que te ha criado, pues tú eres el apóstol de Dios.» Declaróse elegido de Dios para enseñar á los hombres una religion mas perfecta que la de los judíos y la de los cristianos y se presentó como un profeta anunciado por las escrituras mas grande que Moisés y que Jesucristo. Su mujer Kadiga y su esclavo Seid fueron los primeros en dar crédito á sus palabras, y luego reunió en un festin cuarenta personas de su familia prometiéndoles todos los bienes en este

mundo y la vida futura si abrazaban su doctrina. El jóven Alí su primo, de edad de catorce años, exclamó con entusiasmo: «¡Oh gran profeta! ¡yo seré tu compañero y tu visir! y á cualquiera que contra tí se levante le romperé los dientes y le despedazaré las entrañas!» Todos los demás procuraron disuadirle de un proyecto que tenian por una locura; mas no pudiendo alcanzar cosa alguna con instancias ni con amenazas, dieron la voz de alarma á los habitantes de la Meca y hasta la tribu de los Koreischitas se declaró casi toda contra el impostor, quien fué condenado á muerte. Huyó el profeta á Yatripa llamada desde entonces Medina (ciudad por excelencia), y esta fuga, llamada en árabe hégira, aconteció en el año 622 de nuestra era, y en adelante ha sido la base de la cronologia musulmana.

Desde entonces data, en efecto, el triunfo de Mahoma; pues los habitantes de Medina se declararon en su favor tanto por su enemistad contra los de la Meca, como por su confianza en las palabras del profeta. Luego que Mahoma creyó bastante fuerte su partido, le hizo tomar las armas, y habiendo sabido que una partida de Koreischitas regresaba de Siria con una rica caravana, fué á esperarla en una emboscada cerca de los pozos de Beda, en donde atacados de improviso los Koreischitas perdieron sesenta hombres, con cuya hazaña tuvo principio la sangrienta predicacion del islamismo que habia de cubrir el mundo de ruinas y de sangre. A poco tiempo, la derrota de diez mil hombres bajo los muros de la Meca vengó un pequeño descalabro de los partidarios de Mahoma: por medio de un tratado se hizo conceder permiso para visitar en la Meca el templo de la Kaaba frecuentado por muchos peregrinos que iban á visitar la famosa *pedra negra*, venerada por los Árabes como el núcleo del mundo. La toma de la poderosa ciudad de Kaibar puso el colmo á sus victorias y le inspiró tal orgullo, que se atrevió á escribir al emperador Heraclio, al rey de Persia, al de Abisinia, á todos los emires árabes y al gobernador de Egipto, que en nombre del que ha criado el cielo y la tierra les mandaba que creyeran en Dios y en Mahoma su profeta. Esta insolente orden fué recibida con desprecio, pero al año siguiente el ejército de Heraclio fué derrotado cerca de Merta por los musulmanes, quienes hicieron en aquella jornada prodigios de

valor. El porta-estandarte Giafar á quien la espada enemiga cortó la mano derecha, empuñó la bandera con la izquierda, y separada también esta de su sitio, cogió el estandarte entre los muñones de sus brazos y lo sostuvo contra su pecho hasta que cayó muerto. A la fama de tan célebre triunfo, la Meca abrió sus puertas; cayeron los trescientos sesenta ídolos de la Kaaba y este templo fué el primer santuario del islamismo. La Arabia entera recibió de grado ó por fuerza la nueva ley, y en el año de las embajadas llegaron á Medina los enviados de Heraclio, los del gobernador de Egipto y los de los príncipes del Yemen solicitando la amistad del vencedor. Poco despues murió este de una enfermedad de languidez, si bien se creyó que le habia envenenado una mujer judía cuando la toma de la Meca. Sintiendo llegar su última hora hizose conducir á la mezquita de Medina y dijo al pueblo: «Si alguien hubiere recibido de mi mano golpe alguno, coja este palo y sacúdame con él; si soy deudor de alguna cantidad, ved ahí mi bolsa, satisfágase el acreedor!» Un hombre reclamó tres dracmas y Mahoma se las pagó, dándole gracias por haberle acusado en este mundo y nó en el otro.

Al morir Mahoma no dejó un cuerpo de doctrina, pero su suegro Abu-beker se apresuró á recoger las sentencias, las instrucciones y todos los relatos de visiones y revelaciones que Mahoma habia dejado dispersos, y de ellos formó el Coran, libro por excelencia. En esta estraña colección se hallan grandes verdades mezcladas con ilusiones absurdas y lastimosos errores. Mahoma habia recibido esplicaciones del Evangelio de los labios de un monge, y del Pentateuco de los de un rabino, y estos habian sido sus genios inspiradores. Para que se aceptaran sus dogmas, unió al atractivo de una moral fácil y corrompida, el terror que inspiraban los feroces propagadores del islamismo. ¿Cómo hubiera podido resistir el Oriente, víctima entonces de la confusion de creencias, á una religion que ordenaba al hombre el placer bajo pena de muerte? Anunciábase el Coran no como la destruccion sino como el complemento y la perfeccion de la Biblia y del Evangelio, pues Mahoma decia que habian enseñado la verdad á los hombres seis profetas, á saber: Adan, Noé, Abraham, Moisés, Jesucristo y él, que era el mayor de todos y el espíritu de verdad anunciado por

el Evangelio. De este modo queria evitar el desvío de los judíos y de los cristianos, para quienes reservaba los abismos menos profundos de su infierno.

La mayor parte de los dogmas y del culto de los musulmanes estaban sacados de una ú otra de esas religiones, y Mahoma no hizo mas que acomodarlos á las ideas, á las preocupaciones y á los gustos de los orientales. Renovó los preceptos de la Biblia sobre las frecuentes abluciones, la prohibicion de comer ciertos manjares, la circuncision; obligó á los musulmanes á rezar cinco oraciones al día para sobreponerse á las cosas mundanas, á observar el ayuno mayor del Ramadan á imitacion de la cuaresma de los cristianos, á practicar una vez en la vida la peregrinacion á la Meca, y á distribuir á los pobres la centésima parte de sus haberes.

No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta: tal es la máxima fundamental del Coran. De este modo Mahoma se separaba enteramente de la base de la idolatría, aunque de ella habia tomado sus seductoras ideas acerca de la vida futura, pues prometia á los elegidos todos los placeres de los sentidos. A fin de inspirar á sus sectarios ciega fé en sus palabras y una energía irresistible no les permite leer otro libro que el Coran: enséñales el dogma de la fatalidad que los hace indiferentes al peligro; promete lugar preferente en el paraíso al que muera en el campo de batalla, y amenaza con el infierno al cobarde que huya á vista del enemigo.

«¿Podrá existir alianza alguna entre Dios, su apóstol y los idólatras? pregunta el Coran. Matad á los idólatras donde quiera que los halleis, cercadlos, sorprendedlos en emboscadas, no los perdoneis si no se convierten, y si temiereis alguna perfidia de parte de una nacion, obrad del mismo modo con respecto á ella.»

Alí, el primero de los creyentes, parecia destinado á suceder á Mahoma; pero su viuda Aiescha logró hacer proclamar á su padre Abu-beker, califa ó vicario del profeta. Este llamó á los creyentes para proceder á la conversion de los infieles y dio la señal de la guerra santa. La Siria fué atacada por Kaled, *la cuchilla de Dios*, al frente de cinco mil hombres endurecidos en toda clase de fatigas y ardientemente entusiasmados, La señalada victoria de Yermuk cuyo fruto fué la sumision de la Siria, coronó los triunfos de los musulmanes en el califato de Omar. Invadido el Egipto por